

PAGINA PEDAGOGICA

Prefacio del libro de texto de la Escuela Moderna "Cómo se forma una inteligencia"

Se me ha pedido que escriba para los educadores una serie de diez lecciones, en las que resumiera lo que mi experiencia de psicólogo y de médico me ha señalado como decisivo en el cultivo de una inteligencia. La petición me ha tentado y he escrito este libro, al cual he agregado algunos breves estudios que pueden ser considerados como el desarrollo de ciertos puntos de la tesis de fondo por todos aquellos, profesionales y padres, que tienen ese cargo.

En realidad, este libro se dirige a todos, pues todos, aun los maduros por la edad, aun los instruidos y sabios, necesitan reglas de conducta intelectual y moral para guiar su personalidad —que observa, juzga, quiere y entra sin cesar en conflicto moral con los otros— en la actividad más favorable a su felicidad y a su mayor éxito social.

Todo se aprende hoy en la escuela, menos a pensar y a obrar. El más inteligente, el más docto en cualquier materia, no sabe dirigir su inteligencia. De ese arte, que no ha sido nunca expuesto metódicamente, he intentado esbozar el método.

No he querido escribir ni un tratado completo, ni un tratado sabio, sino un ensayo de tendencias esencialmente prácticas que enseñará a unos y sugerirá a otros lo que es preciso meditar, lo que es preciso adquirir.

Acaso para algunos aparecerá demasiado manifiesta mi experiencia de médico en todos los capítulos. Pero considero como fundamental dicho conocimiento en esta técnica. Así he visto conducido a dar consejos para conservarse sano, lo que se me presenta como el objeto final de toda educación racional. Lo he hecho hablando de todo, dando para todos los principios de una moral sexual racional, persuadido de que nada hay peor que la ignorancia, y me lisonjeo de no poder herir a nadie.

Desde que expuse regularmente, en estudios de gran difusión, mis procedimientos para examinar los hechos sociales y para solucionar

las dificultades de conducta individual, he sido consultado con frecuencia acerca de toda clase de problemas de moral biológica, que se dirigen al médico tanto como al psicólogo, y esas preguntas me han inspirado aquí muchas apreciaciones.

Búscase hoy, por doquiera, en el desarrollo de la conciencia y del

pensamiento, un guía que satisfaga el espíritu crítico. He tenido la ambición de pedirlo a la ciencia y de aportar bajo su cubierta un ensayo de moral racional que esté basado en el conocimiento integral de la persona humana, mental y física.

Este es, en definitiva, el fin esencial de estas reflexiones.

DOCTOR TOULOUSE.

La gran Tragedia

[Viene de la 3a, plana]

Pero frecuentemente son soberbias las gentes de valía. La soberbia es entonces la ceguera del talento, la muralla que limita su visión y, en la serie del tiempo, el punto donde empieza la decadencia.

Los hombres y sus instituciones no llegan en su ascenso más que hasta el punto en que se hacen soberbios. No se puede progresar interiormente sino cuando se está descontento de sí mismo.

Pero si ese mismo progreso nos reconcilia blandamente con nosotros mismos, y, en vez de fijar los ojos en el horizonte inalcanzable, los volvemos satisfechos hacia el camino recorrido, nuestro progreso ha terminado.

El canciller de Alemania no se da cuenta de que sus palabras tienen que concitar contra su país las antipatías de todos los neutrales. Por ellas, en efecto, nos cercioramos de que Inglaterra mantiene el equilibrio europeo, y Alemania, en cambio, lo repudia.

Pero el equilibrio europeo es la condición *sine qua none* para que los Estados pequeños y medianos de Europa puedan conservar su soberanía.

Esta es la némesis de los soberbios. Sin darse cuenta de ello, la soberbia multiplica los obstáculos en torno de sus víctimas. El alemán que al principio de la guerra se preguntaba con lágrimas en los ojos: «¿Pero qué habremos hecho los alemanes para que tantos pueblos nos combatan?», no tiene más que leer el discurso del canciller para satisfacer su curiosidad.

La expulsión de Bonafoux

Según hemos leído en el *Heraldo de Madrid*, Luis Bonafoux, el brillante escritor, de pluma incansable tanto como inspirada e imparcial, ha sido expulsado de la nación francesa, como persona indeseable para aquel Gobierno republicano.

El crimen de Bonafoux es conocido: se atrevió a decir la verdad sobre la guerra; a poner, desnudas a los ojos de todo el mundo, las lacras políticas del puñado de politicastas que en la tierra francesa engañan las multitudes; azotó también implacable a los radicales, socialistas o anarquistas, internacionalistas de ayer, nacionalistas de hoy; y como era lógico, los atacados, heridos por lo cortante de su verdad, clamaron contra él: la obra de los que se sienten impotentes para discutir sus opiniones.

Bonafoux ha marchado a Londres; de allí, si el Gobierno inglés no lo expulsa, seguirá mandando sus crónicas a los muchos periódicos en que colabora, entre otros *La Protesta*, y estamos seguros que seguirá como siempre: inflexible como el acero, imparcial con todo y para todos.

En él se nos dice que Alemania no acepta la doctrina del equilibrio europeo. No quiere el equilibrio, sino la supremacía. No nos extrañemos de que cinco o seis naciones europeas hayan desenvainado la espada en contra suya.

Si se tomasen completamente en serio las palabras del canciller, lo extraño sería que no la hubiesen ya desenvainado todas las demás.

RAMIRO DE MAETZU.